



CONTRA NUESTRA AMÉRICA

Estrategias de la derecha
en el siglo XXI

Jairo Estrada Álvarez
Carolina Jiménez Martín
José Francisco Puello-Socarrás
(Eds.)

 CLACSO

La intensificación de las luchas por la (re)configuración del poder en Nuestra América y las estrategias de la derecha

*Jairo Estrada Álvarez**

El presente trabajo tiene como propósito aproximar elementos de análisis para una mejor comprensión de aspectos de la tendencia actual del proceso político en Nuestra América. En desarrollo de ese propósito, el texto se ha dividido en cuatro secciones.

En la primera, se formulan algunas consideraciones para la caracterización del presente político, con las que se busca sustentar la tesis de que se asiste a una intensificación de las luchas por la (re)configuración del poder, antes que al despliegue de un nuevo “ciclo político de derecha”, o a una “contraofensiva o restauración neoconservadora”.

En la segunda, se presentan algunas condiciones estructurales, en cuanto factores constitutivos, no exterioridades, de la trayectoria de los procesos políticos, las cuales –si bien no siempre se evidencian de manera explícita– permiten comprender de mejor manera el

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Director Académico de la Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos, Universidad Nacional de Colombia.

trasfondo y las posibilidades de la acción política y de los proyectos políticos en contienda.

En la tercera, se exponen el lugar, los propósitos, contenidos y límites de las estrategias de la derecha, mediante las cuales las clases dominantes de la región y el imperialismo buscan encauzar una (re)configuración del poder (en términos geopolíticos, pero también en los espacios nacionales) ajustada a sus intereses; bajo el entendido que tales estrategias pueden derivar en desiderata, precisamente por los límites que imponen los conflictos, contradicciones y luchas inherentes al orden social capitalista predominante.

En la cuarta sección, se aborda un aspecto específico del momento coyuntural, teniendo en cuenta aspectos de la estrategia imperialista y de la derecha transnacional frente a Cuba y Venezuela, en la que la acentuación del bloqueo económico pretende articularse con una instrumentalización de la crítica situación que atraviesa el proceso de paz en Colombia.

Al trabajo le subyace una preocupación de orden metodológico, con implicaciones políticas: la necesidad de contribuir a un análisis que trascienda la inmediatez y la ocurrencia de los hechos, y considere las condiciones bajo las cuales estos se desenvuelven; es decir, de un análisis no coyuntural de la coyuntura.

Sobre la caracterización del presente político en Nuestra América

La siempre tozuda realidad de Nuestra América indica que no hay lugar para valoraciones ligeras respecto de sus principales tendencias y configuraciones. Asimismo, que el problema no es de ella, de la realidad, sino de quienes la analizamos. Así como hubo dificultades (y sobre todo mucho voluntarismo) para caracterizar la tendencia del proceso político y los alcances del cambio político durante los tres primeros lustros de este siglo, de la misma manera es evidente que muchas caracterizaciones sobre lo que viene ocurriendo en la región

en los últimos años poseen la impronta del desacierto y la valoración apresurada.

Específicamente me refiero a la tesis sobre el nuevo “ciclo político de derecha” o del “giro a la derecha”, que además de ser controvertida por el devenir histórico–concreto, descansa sobre una muy problemática naturalización de la alternancia del proceso político, como si a este no lo definiese esencialmente la contradicción y el conflicto, la tendencia de las luchas sociales y de clase y sus configuraciones específicas.

En igual sentido, se encuentran las afirmaciones sobre la “restauración” o incluso sobre la “contrarrevolución (neo)conservadora”, que dan por sentado que en las décadas precedentes se había producido la derrota plena de las estrategias y de los proyectos políticos que en la década de 1990 había logrado imponer un régimen de hegemonía (neo)conservadora y de neoliberalización, con fuertes rasgos de homogenización a lo largo y ancho de la región. Es preciso recordar que las experiencias de gobiernos democrático–populares, algunos de ellos sustentados también en un discurso de la “construcción socialista”, o de gobiernos inspirados en el liberalismo social, coexistieron en todo caso con gobiernos declarados de derecha, que dieron continuidad y profundizaron las estrategias puestas en marcha a más tardar en la señalada década de 1990.

También han quedado en entredicho los planteamientos que –sin la debida decantación– dictaminaron en su momento la irrupción del “posneoliberalismo”, como tendencia que se estaría imponiendo por cuenta de los cambios políticos registrados en la región con la llegada de los “gobiernos alternativos”.

En todos estos casos, lo que entre tanto está demostrado es la inconveniencia de aproximaciones al estudio del presente de Nuestra América que se guíen por el vaivén de los hechos y los acontecimientos del día a día y, particularmente, por los resultados de las contiendas electorales. Si bien la coyuntura constituye un referente ineludible de análisis, pues representa una imagen de lo que está pasando, siempre resulta aconsejable retornar a lo que ocurre en la

tras-escena. Es preciso recuperar las enseñanzas del pensamiento crítico y, particularmente, del análisis marxista, que invitan a la consideración de las complejas relaciones entre coyuntura, estructura y contingencia, en el contexto histórico-concreto de un orden social que –como el capitalista– se caracteriza esencialmente por el antagonismo, la contradicción y el conflicto.

Si se asume esa perspectiva, el tiempo histórico de las últimas décadas y el momento presente se caracterizan por una intensa disputa por el destino de Nuestra América sin que se haya logrado imponer una tendencia definitiva, que pueda considerarse irreversible. Al tiempo que, en efecto, por una parte, se presentaron avances democráticos indiscutibles, se desataron procesos de reforma política y social, e incluso transformaciones de alcance estructural con beneficios para las grandes mayorías, que afectaron los regímenes de dominación de clase existentes en algunos países de la región y debilitaron la posición hegemónica de los Estados Unidos. Se ha advertido, por otra parte, en otros países, la prolongación y profundización de los regímenes neoconservadores de democracia gobernable, lo cual se ha acompañado de la adaptación y la ampliación –con nuevos contenidos– de la estrategia neoliberal impuesta décadas atrás.

En todos los casos, se intensificaron las luchas por el poder. Las fuerzas de la derecha, en variadas gradaciones y alianzas políticas, allí donde se encontraron en la oposición desplegaron su accionar tradicional de lucha por la preservación de los órdenes establecidos, al que se le agregaron nuevos repertorios y modalidades, como se verá adelante, encaminados a la desestabilización política, a la recuperación de las posiciones perdidas por la vía institucional, o incluso pretendiendo el derrocamiento de gobiernos a través del ejercicio de la violencia. Allí donde la derecha continuó en el gobierno, perfeccionó los mecanismos de dominio y control social, avanzó en la definición de marcos normativos (constitucionales y legales) para el afianzamiento del poder de clase, particularmente a través de la instauración de regímenes de excepcionalidad permanente para la preservación del orden y la seguridad; articulando todo ello con la

construcción de legitimidad en sectores medios y pobres de la población, por cuenta de políticas que conjugan la propagación del miedo y la inseguridad, con la exaltación del emprendimiento individual y el otorgamiento de subsidios condicionados. El accionar de la derecha trascendió el ámbito nacional-estatal, configurándose como proyecto político de alcance transnacional, de coordinación y articulación de fuerzas, con evidentes sujeciones a las estrategias del imperialismo estadounidense.

En ese sentido, las consideraciones geopolíticas han adquirido un lugar central. Si bien no se está frente al orden mundial bipolar del siglo veinte corto del que hablara Eric Hobsbawn, la disputa por el poder en la región ha sido planteada esencialmente como una disputa de alcance sistémico. Para la derecha todo lo que no se encuadre dentro de la defensa de la ecuación “democracia liberal más libre mercado”, así esta solo exista como discernimiento ideológico-teórico, es considerado amenaza contra el orden capitalista establecido. De ahí que se haya dado a la tarea de la construcción del (nuevo) enemigo. La expresión “castrochavismo”, abstracta e indefinida, pero con una localización geográfica que amenazaría extenderse a toda la región, representa la posibilidad de la unificación de fuerzas para enfrentar la disputa geopolítica y el poder en los espacios nacionales. Se trata de la reedición, bajo nuevas condiciones, de la confrontación contra el “enemigo comunista”, que poseería en la actualidad numerosas vestimentas.

Desde la posición de gobierno, las fuerzas democráticas, progresistas y de izquierda, por su parte, muy desiguales y diferenciadas en sus proyectos políticos, configuraciones y aspiraciones programáticas, han impulsado durante las últimas dos décadas indiscutibles procesos de cambio, aún difíciles de valorar en forma definitiva, si su alcance se considera en perspectiva histórica y sistémica. Si el análisis se hace en perspectiva regional, sin duda se asistió a un quiebre de la hegemonía neoliberal impuesta primero a sangre y fuego con los regímenes dictatoriales, extendida luego con los programas de ajuste económico impuestos por el Fondo Monetario Internacional en la

década de 1980, y validada posteriormente por la vía electoral con la mal llamada transición a la democracia y los triunfos electorales de proyectos político-económicos neoliberales que se encuadraron dentro de las “reformas estructurales” del Consenso de Washington.

La transformación político-cultural propia de la “desertificación neoliberal” logró agrietarse y pudo ser estremecida en sus cimientos por cuenta del discurso, la acción política y la movilización social, que además de renovar la crítica a la economía política del capitalismo realmente existente en la región, se acompañó de propósitos de democratización política, económica y social, así como del resurgimiento de la idea de las alternativas al capitalismo, incluida la construcción socialista; por cierto siempre presentes en el *continuum* histórico de la Revolución Cubana. Las trayectorias nacionales de esas experiencias registran productos diferenciados que dan cuenta de procesos complejos, en algunos casos con rasgos anticapitalistas y antimperialistas, en otros con acentos antineoliberales o reformistas más no antisistémicos, o incluso de mera alternancia democrático-electoral, determinados por los niveles de correlación política y social de fuerzas, pero también por las definiciones y aspiraciones programáticas, así como por los alcances y limitaciones en la producción de nuevas subjetividades. Ha quedado en evidencia que cuando se trata de procesos sociales no hay modelos a seguir, ni voluntarismos que se impongan; menos aún ausencia de contradicciones y conflictos. La construcción social se da en atención a condiciones histórico-concretas y también a un entendimiento de la política como deseo disputado.

Si se trata del caso de estas fuerzas en cuanto fuerzas opositoras a los gobiernos de derecha, debe destacarse la resistencia en las más variadas expresiones, la persistencia de la organización y la movilización por disímiles propósitos aún bajo las más adversas condiciones, así la como continua producción de formas de poder social “desde abajo”. Todo ello constituye acumulados que han devenido (o pueden devenir) en factores explicativos de los cambios políticos y hasta de resultados electorales que parecen sorprendidos.

Estas consideraciones pretender reforzar la tesis ya formulada acerca de que no se está en el presente de Nuestra América frente a un nuevo “ciclo político de derecha” o frente a una contraofensiva (neo)conservadora. La tendencia del proceso político se ha caracterizado por la intensidad y la profundización de las luchas por el poder; las derechas, por una parte, los sectores democráticos, progresistas y de izquierda, por la otra, han desplegado todos sus arsenales. Sigue sin imponerse una tendencia predominante, si la lectura es de alcance regional; probablemente en el examen a las trayectorias nacionales, pueda llegarse a valoraciones distintas.

El carácter abierto del campo político se expresa en el presente de Nuestra América en que durante el último año se han producido múltiples sucesos, con los que al tiempo que se registra la continuidad y el fortalecimiento de los proyectos políticos de la derecha, se advierten igualmente sus limitaciones para erigirse en la tendencia estable predominante de largo plazo. Pese a la más alta votación hasta ahora lograda por sectores democráticos y progresistas en elecciones presidenciales —en buena medida explicada por los efectos políticos y culturales del Acuerdo de paz—, en Colombia se posesionó el 7 de agosto de 2018 Iván Duque a la cabeza de una coalición de derechas; en Brasil, desde el 1° de enero de 2019 ejerce como presidente el ultraderechista Jair Bolsonaro; en El Salvador Nayib Bukele funge desde 1° de junio de 2019 como primer mandatario, tras la derrota estrepitosa del FMLN en la elección presidencial del 3 de febrero; en Paraguay gobierna desde el 5 de agosto, Mario Abdo Benítez del derechista Partido Colorado; el 11 de agosto se alzó con la victoria Alejandro Giammatte, candidato de las fuerzas de derecha en Guatemala, y ejercerá como presidente a partir del 14 de enero de 2020. Luego de su elección como candidato de Alianza País, Lenin Moreno se alineó rápidamente en el campo de la derecha de la región, tras su posesión el 24 de mayo de 2017. Y, más recientemente, se produjo el golpe “cívico-militar” de fuerzas de derecha en Bolivia, de gradual y rápida gestación, consumado el 10 de noviembre de 2019 con la renuncia del presidente Evo Morales. Igualmente, la victoria de la coalición de

derecha en Uruguay por cuenta de Luis Lacalle, en la elección del día 24 del mismo mes.

Por otra parte, en el mismo lapso triunfó Andrés Manuel López Obrador en las elecciones federales de México realizadas el 1º. de julio de 2018, asumiendo la presidencia a partir del 1º. de diciembre de ese año. Asimismo, en los comicios argentinos del 27 de octubre de 2019 se produjo la derrota del derechista Mauricio Macri por cuenta del candidato de la coalición “Frente de Todos”, Alberto Fernández. Sin que se trate de proyectos políticos que en sentido estricto puedan ser catalogados de izquierda, se está en presencia de un “progresismo” que en perspectiva geopolítica regional y desde la trayectoria nacional de los respectivos procesos políticos representa un freno frente a las estrategias de la derecha.

En Venezuela han fracasado todas las estrategias de la derecha para derrocar a Nicolás Maduro. En este caso, la orquestación transnacional y el intervencionismo estadounidense han sido más que notorios. En Nicaragua los propósitos de desestabilización del gobierno de Ortega parecen haberse superado. En Perú, la derecha en el gobierno atraviesa una situación de crisis institucional. En Ecuador hemos sido espectadores de un alzamiento indígena y popular en octubre de 2019 contra el “paquetazo” de medidas pactadas por el gobierno de Moreno con el FMI. En Chile, el gobierno de Piñera recurrió a la declaratoria del “estado de emergencia”, aduciendo una situación de presunta guerra interna, derivada de la movilización y la protesta social y estudiantil contra de las políticas neoliberales, con verdaderos alcances antisistémicos; lo cual derivó en la búsqueda de una solución controlada por la vía constituyente, sin que la trayectoria del proceso político esté trazada de manera definitiva. En Colombia, tras el magistral paro nacional del 21 de noviembre de 2019 contra el gobierno de Iván Duque, con un pliego de peticiones al tiempo que reivindicativo, con contenidos antisistémicos, vino la continuidad por semanas de una masiva movilización social y popular. De la cual deben esperarse líneas de persistencia y de probable intensificación.

Particular atención merece la actual etapa de intensificación del persistente bloqueo económico contra Cuba, propiciado por el gobierno Trump, el cual –unido a otras acciones en el campo político y de la comunicación– busca socavar la legitimidad del gobierno, sembrar descontento en la población, especialmente en las nuevas generaciones, e inducir una inflexión política hacia una denominada “transición democrática”.

El curso tomado por estos procesos refuerza aún más el argumento de que el rasgo principal del momento político en Nuestra América se encuentra en la intensificación y la profundización de las luchas; están en disputa, tanto las configuraciones geopolíticas de la Región, como la trayectoria específica de los procesos políticos en el ámbito nacional-estatal.

Algunas condiciones estructurales de los procesos políticos en Nuestra América

La identificación de algunas condiciones estructurales tiene el propósito de llamar la atención sobre aspectos del contexto bajo el cual se desenvuelven los procesos políticos y la (re)configuración de las relaciones de poder en la región. No se trata de factores que puedan considerarse como una exterioridad, sino constitutivos –aunque no siempre explícitos– de sus contenidos, sus formas y sus singularidades, y con incidencia sobre el curso de los acontecimientos. Se trata de condiciones generales de alcance sistémico que nutren la trayectoria, los límites y las posibilidades de la acción política, y de los proyectos políticos de las fuerzas en contienda. Me refiero a:

1. La tendencia predominante en las configuraciones del orden capitalista continúa siendo la transnacionalización y de la desnacionalización de las economías, en dirección hacia un nuevo tipo de relaciones distintas a las propias del orden nacional-estatal. El cuestionamiento de los órdenes de soberanía estatal en todos los

campos, no implica que haya variado la naturaleza del Estado en cuanto organizador y garante de las relaciones de poder y dominación; se trata más bien de la irrupción de nuevas disposiciones ajustadas a los nuevos requerimientos de la reproducción del orden capitalista. El proceso por ser conflictivo y contradictorio admite disrupciones –al parecer transitorias–, según lo evidencian la emergencia de los nacionalismos o de tendencias proteccionistas, como las promovidas en el último período por el gobierno de Trump en los Estados Unidos. En este caso particular, se trata de reacciones frente a la evidente crisis de hegemonía de ese poder imperial. Además de las configuraciones militares y de provisión de seguridad de carácter global, es creciente del peso de las corporaciones financieras transnacionales, así como de las agencias calificadoras de riesgo, a las que se le unen organismos multilaterales, principalmente el Fondo Monetario Internacional. El gobierno de facto del capital financiero transnacional extiende sus tentáculos a escala global. Su incidencia sobre los procesos políticos a nivel planetario es indiscutible.

2. La tendencia general de la acumulación capitalista da cuenta de la consolidación del proceso de financiarización, que se acompaña del despliegue sostenido de la llamada cuarta revolución industrial, con la cual se asiste a una transformación incesante del régimen de producción y de consumo. Las nuevas formas de organización y reproducción del capital, al tiempo que son expresivas de la creciente subsunción de la totalidad social a la lógica capitalista, ampliando el espectro de contradicciones y conflictos en diversas modalidades y escalas, reafirman por cuenta de la economía política de la crisis, los límites históricos del sistema. Entre tanto, esta ha asumido la forma de una crisis civilizatoria, que trasciende el ámbito de la economía, situándose también en el campo político y sociocultural. La relación social capitalista evidencia en forma protuberante su condición de relación destructora y depredadora de la naturaleza, extendiendo el conflicto

social y de clase a las condiciones de la vida y la existencia de la especie humana. En ese sentido, no se trata solamente de la configuración generalizada de un régimen de explotación y de dominación de clase sustentado en la precarización del trabajo; también de un régimen que amenaza sus propias condiciones de existencia.

3. No están estas definidas a plenitud las coordenadas del orden mundial emergido tras el derrumbe del “socialismo realmente existente” en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental. Hay suficiente evidencia que documenta el declive de la hegemonía de los Estados Unidos, así como la irrupción en curso de China como nuevo hegemon mundial, aún distante de consolidarse en esa posición. En el entretanto se asiste a la constitución conflictiva y contradictoria, con desarrollos geográficos desiguales, de un orden multipolar transitorio, con configuraciones y alianzas también transitorias, que responden más a lógicas de reparto político, económico, cultural y territorial del mundo, que a configuraciones antisistémicas, aunque también las puede contener. Del contrapeso que, por ejemplo, ejercen en la actualidad China y Rusia a las estrategias de dominio de los Estados Unidos, no se puede inferir la constitución en tendencia de un orden bipolar de nuevo tipo, contentivo de propósitos de superación del capitalismo en cuanto formación socioeconómica.
4. Las transformaciones capitalistas han generado nuevas condiciones y nuevas formas de constitución de las luchas a escala planetaria, que se desenvuelven igualmente en diferentes ámbitos y escalas, así como en multiformes expresiones geográficas. La dispersión continúa siendo uno de sus rasgos distintivos, aunque son también evidentes tendencias y esfuerzos de unificación, que en numerosas experiencias han devenido en alternativa anti-sistémica, así sea de manera transitoria. Igualmente se ha puesto en evidencia que es posible avanzar en transformaciones del modo de producción predominante por cuenta de proceso de

producción de poder social “desde abajo”. La experiencia viene mostrando que la superación del orden social capitalista no resulta exclusivamente del “asalto al cielo”, sino también de la corrosión de sus cimientos a través de la acción política colectiva.

A estas condiciones estructurales generales, se adiciona –para efectos de una comprensión más compleja del presente de Nuestra América– el papel de la contingencia, en cuanto hecho o problema que se plantea de forma imprevista. Son numerosos los eventos de esa naturaleza observados durante las últimas décadas, que han incidido sobre el curso de los procesos, dotándolos de (nuevos) contenidos, bien sea para acelerarlos o retrasarlos, pero en todo caso modificando su trayectoria.

Lugar, propósitos, contenidos y límites de las estrategias de la derecha en Nuestra América

Las trayectorias políticas más recientes de la derecha en Nuestra América se fundamentan en los acumulados de las décadas precedentes. En ese sentido, trazan una línea de continuidad de la ofensiva neoconservadora, que se acompañó de los procesos de neoliberalización iniciados a escala mundial en la década de 1970, acentuados tras del derrumbe del “socialismo real” en la Unión Soviética y Europa Oriental. En Nuestra América, particularmente en los países del sur de continente, se surtieron procesos de alistamiento violento por cuenta, primero, de los regímenes dictatoriales impuestos en los años setenta, y luego, de los programas de ajuste económico derivados de la “crisis de la deuda” en los años de 1980.

Tales acumulados produjeron transformaciones significativas en la formación socioeconómica de la región, que en su dimensión más general se expresaron en los siguientes sentidos:

1. Se habilitaron las condiciones para la instalación definitiva de un régimen de acumulación de financiarización, que al tiempo que debilitó las modalidades de acumulación basadas en el despliegue del aparato productivo industrial y agrícola, provocó un nuevo tipo de inserción en la economía capitalista mundial con creciente sustento en la transnacionalización y desnacionalización de las economías. Desde finales de la década de 1990, se asistió además al fortalecimiento de procesos de reprimarización de nuevo tipo, con base en economías de extracción de los recursos naturales, inmersas también en las lógicas de acumulación por financiarización, que acentúan las relaciones de dependencia frente a las tendencias del capitalismo global, incluida la crisis.
2. Se produjo la emergencia de regímenes políticos de “democracia gobernable”, los cuales –tras el alistamiento violento por cuenta de regímenes dictatoriales o autoritarios– remozaron la organización democrática del poder y la dominación, complementando la representación con formas de participación política subordinada. En ese marco, por cuenta de reformas políticas, se asistió a rediseños de los regímenes de democracia electoral orientados al reforzamiento de la alternancia en los gobiernos y a la neutralización de proyectos políticos alternativos que pudieran constituirse en potenciales amenazas. La introducción en los sistemas electorales de la “segunda vuelta”, ha tenido como una de sus consecuencias la irrupción del “centro”, el cual propicia el ablandamiento de los programas políticos a fin de concitar mayores respaldos electorales y propiciar gobiernos de amplia coalición. Además de constituirse lugares comunes difusos y de indiferenciación entre derecha e izquierda, se fueron generando procesos de disciplinamiento sistémico de sectores de la izquierda a través de una definición de sus programas políticos “desde fuera”, que cedieron en sus discursos a lo que es considerado “políticamente correcto”, al predominio del pragmatismo sobre las elaboraciones programáticas, y al desdibujamiento de aspiraciones de

alcance estratégico. Aún bajo esas condiciones, no se ha concedido en las prácticas fraudulentas de reproducción del sistema político y de representación.

3. Se construyó una hegemonía de carácter sociocultural. Probablemente en ese aspecto se encuentra uno de los principales haberes de la neoliberalización en la región. Además de instalarse los discursos de la meritocracia, la competencia y la individualización, en las nuevas generaciones se sentaron las bases de la “cultura del emprendimiento” y del “empresariado de sí mismo” (en oposición al trabajo), y se fue abriendo el espacio para una nueva entronización y naturalización de la segregación, el racismo, la xenofobia, en general del “fascismo social”, con arraigo en sectores medios y empobrecidos de la población.

La relativa homogenización regional de la dominación de clase alcanzada al promediar la década de 1990 llevó incluso a considerar la posibilidad de un orden supranacional del libre mercado, como el que representó el proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), con el que se pretendía materializar por la vía constitucional y legal, el legado monroísta de la doctrina imperialista.

Empero, el cierre aparentemente hermético de la dominación poseía en todo caso las fugas propias del orden social al que le son inherentes el conflicto y la contradicción, las luchas sociales y de clase. Al tiempo que el capitalismo neoliberal florecía en la región, se estaban desplegando también, en muchos casos no siempre de manera perceptible, los acumulados de indignación, resistencia y organización, que habrían de conducir a los cambios políticos advertidos desde la llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela en febrero de 1999. En ninguna de las trayectorias políticas nacionales de la década subsiguiente se trató hechos contingentes. Siempre es preciso recordar que los mismos factores que describen la trayectoria de la reproducción de la dominación capitalista en sus diversos ámbitos, contienen también las dinámicas y fuerzas en sentido contrario, incluida la tendencia a la crisis.

No es propósito de este texto aproximar un análisis de los cambios políticos democráticos y populares, ocurridos en Nuestra América durante las últimas dos décadas; tampoco hacer un balance acerca de sus alcances. En perspectiva histórica, es evidente que se produjo un quiebre en la tendencia predominante de la dominación capitalista; así como una afectación significativa de la hegemonía imperialista. En menos de una década se asistió a una modificación de la correlación social y política de fuerzas, vista tanto en perspectiva regional, como desde las trayectorias nacionales en un importante grupo de países, particularmente en América del Sur.

Igualmente se habilitaron nuevas condiciones para las luchas, que se acompañaron de un reverdecimiento del pensamiento emancipador, el cual recuperó la crítica de la economía política y produjo la reinstalación de categorías de análisis que se daban por obsoletas (capitalismo, imperialismo, lucha de clases, socialismo, comunismo...), así como su enriquecimiento con perspectivas culturales, feministas, socioambientales y de los pueblos originarios, entre otros. La posibilidad de construir sociedades alternativas al capitalismo, orientadas a la superación del modo predominante de producción y consumo, retornó al centro de las preocupaciones en sociedades que desplegaron mayores niveles de politización, extendida a muy amplios sectores de la población, que produjeron y obtuvieron mayor poder y capacidad organizativa.

En esa dimensión cultural se encuentran probablemente los mayores logros del campo democrático-popular durante las últimas décadas, sin dejar de lado desde luego el mejoramiento de las condiciones de vida de las pobrerías y en general de las gentes del común, por cuenta del impacto de políticas sociales que tuvieron como sustento la redistribución progresiva del excedente económico, particularmente en aquellos países en los que se produjo la reapropiación estatal de bienes comunes naturales (minero-energéticos).

Al mismo tiempo, no obstante, debe reafirmarse que la férrea oposición de derecha a los gobiernos democrático-populares, con dimensiones e intensidades desiguales, se ha expresado en el logro

niveles variados de articulación de sus proyectos políticos, utilizando con habilidad los conflictos surgidos en el campo popular. Las estrategias de la derecha no pueden comprenderse simplemente como una simple exterioridad, sino que también se explican por los errores, inconsistencias e incoherencias que se han advertido en el ejercicio del poder y en la conducción política del proceso económico, allí donde sectores democráticos, progresistas y de izquierda accedieron a la posición de gobierno y han pretendido una redefinición de las relaciones de poder.

En el presente histórico de Nuestra América es posible predicar, entre tanto, sobre un carácter transnacional de la estrategia de la derecha, que basándose en la elaboración de líneas programáticas comunes, posee contenidos ajustados a las realidades políticas nacionales. Tal estrategia es de carácter integral y se desenvuelve en los ámbitos político, económico, social y cultural. Aunque resulte más que evidente es preciso señalar los siguientes principales propósitos a) contribuir a la redefinición a su favor del campo de fuerzas en la región y dentro del respectivo país; b) consolidar las posiciones de gobierno, donde se es gobierno; c) ejercer oposición extrema donde no se está en el gobierno y se aspira a llegar a él; d) propiciar una reconfiguración geopolítica a su favor, lo cual incluye el desmonte de la institucionalidad con alcances contrahegemónicos, construida en las décadas previas (ALBA, CELAC), y, en su lugar, fortalecer las instituciones de la integración neoliberal y de coordinación política y militar subordinadas a los Estados Unidos (rescate de la OEA, creación de PROSUR, reactivación del TIAR, ente otros).

En el campo político, a partir de la asunción de la crisis como rasgo predominante del estado de cosas existente, la derecha se auto-define como alternativa a ella. Su discurso se sustenta en el ataque a los demás partidos burgueses, que son definidos como los causantes de la inestabilidad de la dominación de clase, por sus posturas liberales y ambivalentes, por su incapacidad, y por hacer concesiones indebidas, que no serían más que muestra de debilidad. Aunque se afirma el respeto por las reglas de la democracia liberal, a esta se le

endilga la apertura de espacios innecesarios para la reforma, y la siembra del desorden y la inseguridad, argumento que le permite construir relatos para justificar su quebrantamiento y la tendencia al autoritarismo.

La crítica al orden vigente la realiza “desde fuera”, como si se tratase de una fuerza ajena a él. En ese marco, a pesar de ser corrupta, incluye las banderas de la lucha contra la corrupción dentro de sus principales cometidos, y logra proyectarse respetuosa de la legalidad y de la moralidad pública. La elaboración de su discurso ideológico-político y de cada uno de los contenidos que lo conforman, es contraria a la improvisación; se sustenta en el uso de algoritmos, como herramienta que le permite predicar acerca de lo que la gente quiere oír y lo que se considera que la gente debe oír, ofreciendo soluciones simples, directas y efectistas. Es notoria la apropiación de aspectos del discurso de la izquierda, desde luego resignificándolos y dotándolos con otros contenidos, lo cual la hace aparecer como un proyecto sintonizado con las cuestiones del presente, así se trate, como en efecto es, de una simulación. Se está en presencia de la cuidadosa elaboración de una política del sentido común, así se fundamente hasta en exabruptos para el intelecto, en todo caso normalmente calculados.

En la formulación de su repertorio político la permanente (re) invención del enemigo ocupa un lugar central. La contienda política llevada al antagonismo más extremo y la irracionalidad, pero construido conscientemente, representa otro de sus haberes. Eso le permite sostener la iniciativa política en forma permanente, y poner a los sectores democráticos, progresistas y de izquierda en continua posición defensiva y de respuesta, que –por su pretensión usualmente más ilustrada– resulta más compleja y de difícil comprensión para el común de las gentes.

Tras esa construcción permanente del enemigo se encuentra un aspecto nodal de los proyectos políticos de la derecha en la actualidad, que devela su verdadero e inequívoco fin último: la preservación del régimen de dominación de clase, edificado dentro de lo posible

sobre la dominación consentida, deseada. Por ello, la continua exaltación del desorden y exacerbación del miedo se acompañan de la también continúa producción del deseo por el orden y la seguridad. Y no solo del deseo, igualmente por la tendencia a la construcción de órdenes normativos y materiales de carácter autoritario, incorporados incluso en la constitución y la ley, y dotados por tanto del don de la legitimidad y de la legalidad; los cuales no desestiman en absoluto el ejercicio estructural de la violencia y el uso de las vías de hecho cuando se estima necesario. De ahí que no es exagerado afirmar que los proyectos de la derecha hoy no excluyen la amenaza del fascismo en cuanto régimen de estabilización de la dominación de clase en condiciones que se consideren de extrema amenaza contra el régimen imperante.

En las estrategias políticas de la derecha hay en el presente de Nuestra América un enemigo mayor de alcance sistémico que ha venido siendo construido meticulosamente, el “castrochavismo”. Se trata de una versión actualizada del “enemigo comunista” de los años de la Guerra Fría. La invención de ese enemigo hace parte del propósito sistemático de combate y desprestigio a los gobiernos progresistas y de todo proyecto político que se perfile con posibilidad de disputar el campo político. La imagen proyectada del “castrochavismo” es la de un régimen antidemocrático, autoritario, populista, corrupto, de macroeconomía irresponsable, de empobrecimiento de las capas medias y escasez para los pobres, y de privilegios y enriquecimiento de burocracias enquistadas en el poder, que se habría establecido en la continuidad de la Revolución Cubana y del gobierno bolivariano de Venezuela, pero que acecha a lo largo y ancho de la región.

Ese enemigo mayor es acompañado de un amplio espectro de enemigos complementarios, con los más variados alcances. Sirve de sustento para la renovación de la fracasada “guerra contra las drogas”, en la medida en que también es identificado como narcotraficante. Y es portador además de los nuevos males que afectarían las sociedades latinoamericanas como la llamada ideología de género, o el ambientalismo resistente al desarrollo y el progreso, entre otros.

En los propósitos de siembra del miedo y la inseguridad se encuentra igualmente la creciente criminalización de la pobreza y de la migración, especialmente venezolana.

Todos esos males, los de alcance sistémico, pero también los que afectan la vida cotidiana, constituyen los fundamentos para la formulación de políticas de restablecimiento del orden y la seguridad, para la justificación de las acciones represivas del Estado y la creciente militarización de la sociedad como ejes ineludibles del control social. Y al mismo tiempo, para buscar la desestructuración de los movimientos y las fuerzas de oposición, así como para enfrentar las resistencias y luchas sociales, que normalmente son calificadas con la impronta de la “amenaza terrorista”.

Tras esa concepción militarista de la regulación del conflicto social y de clase, se encuentra el propósito de la organización del poder y la dominación bajos los preceptos de “estados de excepcionalidad permanente”, que buscan ser incorporados como tales en los ordenamientos jurídicos. Se trata, en ese sentido, de la elaboración de un concepto más refinado de la guerra, extendida ahora a todos los campos de la vida política y social, por considerarse que justamente en ellos se expresan las nuevas modalidades de la insurgencia, es decir, las amenazas contra el orden de seguridad establecido o a establecer.

Los teóricos de la guerra han enfatizado en su carácter no convencional, preventivo, difuso, corrosivo del tejido social y destructivo de procesos organizativos, y en el alistamiento concomitante de las fuerzas militares y de policía del Estado, de la inteligencia humana y tecnológica, a través de estructuras flexibles, de grupos especiales, de unidades formadas para la contención de la protesta y movilización social, para el combate callejero y el control mediante ocupación militar de territorios urbanos y rurales. Lo cual incluye la articulación y coordinación con aparatos privados de carácter paramilitar para ejercer justicia y violencia política, que no descarta el asesinato de opositores y de hombres y mujeres con variados niveles de liderazgo.

Entre tanto, por otra parte, en consonancia con esa redefinición de la guerra, puede afirmarse que se ha asistido a la conformación de

un nuevo sector de la actividad económica, que trasciende el sector tradicional de la seguridad y la defensa. Se han conformado complejos militares económicos para la seguridad, que además de dar cuenta de intersecciones entre altos mandos militares y de policía con el empresariado privado local y transnacional, constituyen un nuevo poder fáctico para la preservación del orden establecido.

La institucionalización y normalización de la violencia y la represión como parte de la vida cotidiana, conforman una línea muy delgada que sirve de justificación para el exterminio del enemigo, sea cual fuere su manifestación. Además de la legitimación de prácticas fascistas, se trata también de su entronización cultural.

La centralidad de las políticas del orden y la seguridad, instaladas en un imaginario social que hace del miedo y la inseguridad sus principales preocupaciones, posibilita distraer la atención sobre los problemas que aquejan las condiciones de vida y trabajo de las grandes mayorías.

Las estrategias de derecha descansan en la actualidad sobre estructuras complejas de organización, que superan el ámbito nacional y adquieren dimensiones transnacionales. Tales estructuras, aunque no responden necesariamente a centros de coordinación centralizada, funcionan y se encuentran en torno a propósitos comunes y a una cuidadosa división del trabajo. El soporte doctrinario es suministrado a través de centros de pensamiento con ideologías neoconservadoras y neoliberales, desde los cuales se diseñan estrategias y tácticas para la acción política, se internacionalizan las “experiencias exitosas”, se formulan y actualizan los lineamientos de política económica. En ese aspecto, se puede predicar de la emergencia de un “internacionalismo de derecha”, que ha sabido apropiarse también de repertorios desarrollados históricamente por la izquierda.

A los partidos de derecha, que comprenden un amplio abanico de opciones políticas desde el llamado centro político hasta la extrema derecha, se le suman la mayoría de las iglesias pentecostales (devenidas en movimientos políticos), las cuales además de identidades ideológicas propias de los discursos de derecha, construidas con base

en la defensa de la tradición, la familia, propiedad y particulares entendimientos de la moral, propagan una “teología de la prosperidad y del emprendimiento” de plena afinidad con la ideología neoliberal. Las iglesias pentecostales han merecido la mayor atención en las estrategias de la derecha. Por su cuenta ha sido posible llegar a los sectores más pobres de la población, extender los alcances de la hegemonía cultural que se busca imponer, y construir una más amplia base social. Resulta además útil para para la siembra de estructuras fanáticas del pensamiento y la acción política y constituye caldo de cultivo para el caudillismo, el extremismo, y la entronización del “fascismo cultural”. Resulta paradójico que la criminalización de los pobres, inherente a los proyectos de derecha, cuente con el respaldo de sectores significativos de los propios pobres.

Por otra parte, en los casos en los que la derecha es gobierno, su estrategia se orienta a la consolidación de sus posiciones; cuando le es posible busca subvertir el orden normativo existente valiéndose de las opciones que le brinda el procedimiento democrático-liberal, justamente para que su política aparezca como aspiración democrática. Cuando no, recurre al estado de excepción, a la represión y la violencia extrema.

En la disputa por el poder ha demostrado repertorios variados que comprenden, como ya se dijo, el uso de los espacios institucionales. Los llamados golpes blandos han sido un recurso probado con éxito. A pesar de no ser novedosos en la historia política de la región, se convirtieron en el último período en una de las modalidades de acceso al poder por la (aparentemente) vía institucional. Lo mismo se puede afirmar de la “guerra jurídica”. Pese a que tampoco se trata de un recurso nuevo, pues el derecho siempre fue utilizado contra la oposición y la izquierda, en el presente de la región se ha convertido en factor indiscutible para desprestigiar, juzgar y condenar liderazgos políticos o para –de manera preventiva– impedir que estos puedan acceder a la posición de gobierno.

En el abanico de repertorios que hoy exhibe la derecha también se encuentra la movilización social, la escenificación de la política en

la calle, el despliegue de dispositivos para provocar el saqueo o la sedición, dentro de los cuales se encuentran la acción directa a través de bandas armadas y actividades de carácter terrorista.

En todos los casos se ha demostrado que se trata de repertorios que se encuentran articulados con la estrategia del imperialismo de los Estados Unidos para recuperar sus afectadas posiciones hegemónicas en la región. La sujeción de los proyectos de la derecha a la injerencia estadounidense es más que evidente. Entre tanto, ni siquiera disimula los llamados a la intervención directa, como se ha expresado en la política orquestada en los numerosos intentos (fallidos) de derrocamiento del gobierno bolivariano de Venezuela. La política imperial de “dominación de espectro completo” no es solamente una política de intervención proveniente “desde fuera”; en el presente es invocada –sin recato alguno y con descaro explícito– “desde dentro”. No obstante, debe afirmarse que la derecha ha elaborado su propio discurso contra la injerencia extranjera, que es comprendida de naturaleza “castrochavista”, como lo muestra su explicación del levantamiento indígena y popular contra el “paquetazo” pactado por el gobierno derechista de Lenin Moreno con el Fondo Monetario Internacional.

La invocación del intervencionismo por parte de la derecha es un complemento de la estrategia intervencionista estadounidense en Nuestra América, que –como ya se afirmó– posee propósitos de “dominación de espectro completo”, en cuanto conjuga aspectos militares, políticos, económicos, tecnológicos, sociales y culturales, y alcances de preservación sistémica. La presencia militar, a través de la “ayuda militar” y la instalación de bases militares (recientemente con disposiciones más flexibles) está diseñada para garantizar un control territorial que posibilite el acceso a recursos naturales estratégicos, pero también para operaciones quirúrgicas, de intervención directa contrainsurgente, o con funciones de disuasión, que dan sustento además al control político. Tarea que se facilita por la presencia de gobiernos en los que la atención a los principios de la soberanía y la autodeterminación no hacen parte de su agenda política. En

el mismo sentido, deben considerarse los componentes económicos y tecnológicos, con los cuales, junto con el reforzamiento del modelo económico neoliberal, se pretende un control de largo plazo sobre la organización y las disposiciones del proceso económico en su conjunto, reforzando las condiciones generales de la dependencia. Por cuenta del financiamiento de programas sociales a través de numerosas agencias, en cuya cabeza se encuentra la USAID, así como de actividades propias del campo cultural, se fortalecen las operaciones de inteligencia humana y sobre todo la construcción de hegemonía.

El intervencionismo refuerza el concepto de “patio trasero” y está diseñado para neutralizar relaciones multilaterales, particularmente con China y Rusia, que se consideran amenaza frente a los propósitos geopolíticos. Con el gobierno de Trump se ha asistido a una intensificación del intervencionismo, que comprende el desconocimiento de facto de principios del orden del derecho internacional, apelando de manera reiterada al discurso antiterrorista y de amenaza a la “seguridad nacional”. Asimismo, se ha acentuado la política de “cierre de fronteras” para el control migratorio, con notorios rasgos racistas.

Dentro de las estrategias de la derecha se advierte, por otra parte, el despliegue de una acción comunicativa sin precedentes. Ha sabido hacer de las nuevas tecnologías de la producción y de la comunicación uno de sus estandartes para la construcción de hegemonía cultural. La aplicación de algoritmos, la creciente conectividad de la sociedad y uso de los medios individuales y masivos de comunicación le ha permitido establecer una relación directa y sin mediación de organizaciones, partidos o movimientos, con los más amplios sectores de la población, en términos que representan sus preocupaciones y sentires cotidianos. A ello se adiciona la fabricación y difusión de noticias falsas y mentiras, cuidadosamente elaboradas en función de los propósitos del proyecto político. El efecto concreto ha sido la instalación de un entendimiento (desfigurado) de la política que evoca el resentimiento, el odio, la pasión, que promueve el fanatismo y alienta en forma adicional el “fascismo cultural”.

Las estrategias de la derecha cuentan en la actualidad con bases sociales más consistentes, que han hecho de sus proyectos también proyectos de masas. A la ya señalada extensión a los sectores más pobres de la población, se le adiciona la influencia en sectores medios de la población, con marcada tendencia a la asunción de posiciones conservadoras. También en estos sectores se ha logrado entronizar el discurso de la inseguridad; en este caso, comprendida principalmente como la pérdida de la posición social adquirida por el (supuesto) efecto de políticas de expropiación y de redistribución empobrecedora del ingreso y las condiciones de vida que propiciarían los proyectos de izquierda. Esas bases sociales son articuladas al poder latifundista, allí donde la cuestión de la concentración de la propiedad sobre la tierra continúa irresuelta, o a los agronegocios y a las economías de extracción minero-energética, así como a los sectores más reaccionarios de los grupos corporativos locales, insertos en los procesos de financiarización transnacional. El capital extranjero se orienta más bien por posturas pragmáticas; se adapta con facilidad a las condiciones que le garanticen elevadas tasas de ganancia, sea en gobiernos de centro, o denominados de centroizquierda, pero actúa explícitamente cuando estima que sus intereses se pueden ver afectados.

En el campo de la economía, las estrategias de la derecha son explícitas a favor de la extensión y profundización de los procesos de neoliberalización y de una inserción subordinada en los procesos globales de la acumulación de capital. Se sustentan en políticas que acentúan la transnacionalización y desnacionalización de las economías, por cuenta del estímulo a la reprimarización financierizada a través de actividades de extracción minero-energética y de los agronegocios; de flujos de capitales y de mercancías sin mayores restricciones; de la incorporación de economías ilegales, especialmente de la industria corporativa transnacional de narcotráfico; del florecimiento de actividades de servicios (comunicaciones, comercio, hotelería, restaurantes, turismo, seguridad, economías del cuidado, entre otras); así como del continuo debilitamiento de los aparatos

productivos industrial y agrícola (especialmente de la producción de alimentos). Asimismo, se trata de políticas que despliegan al límite el endeudamiento del Estado y de los hogares a través de créditos hipotecarios, de consumo, y de los seguros. Además de acrecentar el lucro de los grupos corporativos transnacionales, logran extender el dominio financiero a la vida cotidiana, en cuanto el endeudamiento deviene en dispositivo de control social.

La política económica se rige por los preceptos –entre tanto incorporados en la normatividad– de la estabilización macroeconómica, es decir, de la sostenibilidad fiscal (léase, ajuste fiscal selectivo permanente) y el control inflacionario, con lo cual se busca atender los mandatos de las agencias calificadoras de riesgo y de los organismos multilaterales, particularmente del Fondo Monetario Internacional a fin de garantizar el pago de la deuda pública y reproducir la financiación endeudadora.

Contrario a las tesis sobre el debilitamiento del Estado, se advierte un fuerte intervencionismo estatal que da cuenta de un reencauzamiento de sus funciones hacia la protección por diversas vías de los “derechos” de propiedad privada; la organización de los mercados y de la competencia, del consentimiento y auspicio del despojo de bienes comunes, así como la creación de nuevos mercados por la extensión de las lógicas privatizadoras y de mercantilización a nuevos campos de la vida social; y la promoción de la integración neoliberal. La sustracción del Estado de la actividad económica directa se acompaña del fortalecimiento de las nuevas disposiciones que demanda la tendencia general de la acumulación. En ese aspecto, es apreciable también la persistencia de políticas de flexibilización laboral y de precarización del trabajo, que afectan sobre todo a las mujeres y a las nuevas generaciones. En igual sentido, se aprecia la sujeción del aseguramiento social (en salud y pensiones) a los procesos de financiarización. El deterioro del “colchón social” aún existente en sectores medios de la población en camino del empobrecimiento, así como la pobreza y miseria existentes, han buscado

ser contrarrestados mediante políticas sociales focalizadas y a través subsidios condicionados.

En ese marco, la promoción del “empresariado de sí mismo” y el “emprendimiento” se han erigido en políticas centrales de las estrategias de derecha. Además de producir una exculpación de las causas sistémicas, en cuanto se afirma que los destinos se labran individualmente y por “libre iniciativa”, conforman un factor cuantitativamente esencial en la generación de empleo y la generación de ingresos. Se asiste a una normalización de la informalidad y la precarización de la existencia, así como a una naturalización de las profundas desigualdades socioeconómicas. Todo ello logra ser matizado por el acceso a mercaderías y baratijas de consumo, en su mayoría importadas.

Allí donde la derecha recuperó las posiciones de gobierno y recobró su poder, se han emprendido procesos de reversión de los avances democráticos y de las conquistadas sociales avanzadas. Se ha producido incluso el retorno de los programas de ajuste económico a través de los pactos realizados con el Fondo Monetario Internacional.

La integralidad de las estrategias de la derecha que se ha tratado de exponer en este texto se complementa con la agresividad. El discurso y las prácticas se valen de la pretensión de arrasar. Se trata de una máquina de demolición de todo aquello que se le pueda o pretenda interponer; que aparezca como obstáculo. Y en ese propósito no se escatima recurso o medio alguno. El proyecto político es, en ese sentido, maximalista. La magnificación de los propósitos es, desde esa perspectiva, calculada; si no se logra, cumple al menos la función del alistamiento, o del ablandamiento o disciplinamiento de sus contradictores, que pueden terminar reduciendo sus aspiraciones estratégicas y aceptando el dictado “desde fuera” de sus definiciones programáticas.

No obstante, por muy consistentes y agresivas que aparezcan las estrategias de la derecha, pueden ser una desiderata. En ninguno de los casos en los que la derecha gobierna en la actualidad se puede afirmar que se asiste a una estabilización de la dominación de clase

en el largo plazo. En ninguno de los casos en los que la derecha aspira a ser gobierno, se encuentra con un campo político despejado. Hasta dónde pueden llegar sus pretensiones, es una cuestión no resuelta, cuya respuesta se encuentra en la posibilidad y capacidad que se exhiba desde el otro lado del conflicto y del antagonismo, desde el lado del “movimiento real” de la clase trabajadora en sus múltiples y heterogéneas configuraciones.

El actual momento coyuntural y algunas pretensiones inmediatas de la derecha

En el contexto ya señalado de Nuestra América en disputa, en la presente coyuntura nos encontramos en un terreno en el que están en juego definiciones más gruesas, que a mi juicio han sido muy bien comprendidas en la estrategia de la (extrema) derecha transnacional (de Estados Unidos y de varios países de la región) y a las que le trabajan también sectores no extremistas de las clases dominantes. Me refiero particularmente a las pretensiones de incidir sobre la situación de Cuba, Venezuela y Bolivia, con trayectorias y experiencias históricas no comparables, pero representativas de expresiones bien sea de propósitos de construcción de una sociedad alternativa al capitalismo (Cuba) o de reformas estructurales con diferente alcance antisistémico (Venezuela y Bolivia). Obviamente que esos casos, junto con otros que se presentaron en Nuestra América en el pasado reciente, exigen análisis complejos para hacer valoraciones adecuadas y comprender de mejor manera lo que ha venido y está ocurriendo. Empero, se pecaría de ingenuidad si tales análisis se redujeran al debate sobre “la democracia”, en su entendimiento liberal, que es al terreno adonde pretende ser llevada la discusión por los productores de opinión y sectores de la intelectualidad burguesa.

Lo que está en juego en lo inmediato en Cuba, Venezuela y Bolivia no es la “democracia”, sino la perspectiva futura de proyectos alternativos de sociedad en contextos de dominio mundial del régimen

del capital. En ese sentido, su alcance posee una dimensión sistémica. Precisamente las clases dominantes de la región trabajan de manera incesante en la coyuntura actual para que cualquier ideal o vestigio de anticapitalismo sea desprestigiado y superado, así sea de manera transitoria, pero seguramente por un período largo.

El imperialismo sigue sin aceptar que luego de su derrota en Playa Girón en 1961, Cuba haya logrado sobrevivir al derrumbe del “socialismo realmente existente” en la Unión Soviética y Europa Oriental, superar el “Período Especial”, sortear el más largo bloqueo conocido en la historia contra nación alguna y que, tras un reciente proceso constituyente con masiva participación social y ciudadana, cuente hoy con un orden social estable y adecuado a las difíciles circunstancias históricas. Tampoco puede admitir que en su mejor momento la “revolución bolivariana” haya afectado la geopolítica regional como logró hacerlo, ejercido soberanía en general y sobre su recurso petrolero en particular; ni que en medio del mayor asedio actual subsista un gobierno adverso a sus intereses (así haya múltiples y válidas críticas frente a él). O que los pueblos originarios en Bolivia se dieran a la tarea de construir un Estado soberano plurinacional, reivindicar su soberanía y edificar una economía plural propia, incluso con las críticas que se hacen a los gobiernos de Evo Morales.

En suma, no es admisible que procesos, pueblos, movimientos y partidos hayan puesto y puedan poner en cuestión la dominación capitalista e imperialista. Y por eso merecen castigo, estigmatización, injerencia e intervención militar, si fuere necesario. Todo ello con el concurso de poderosas fuerzas políticas, económicas y sociales que han sabido articular un proyecto político de derecha de alcance transnacional, en que resultaría ideal que fuesen fuerzas internas las que prendiesen la mecha de la inflexión política regresiva para activar a plenitud el internacionalismo del capital. De ahí que se promuevan organizaciones locales, presidentes interinos y se activen estrategias mediáticas orquestadas y sin parangón, entre otros; como se pudo apreciar al caracterizar los rasgos de las estrategias de derecha en la región.

Si inicialmente los mayores esfuerzos del imperialismo y la derecha transnacional se han concentrado en el propósito fallido de derrocamiento del gobierno de Maduro para restablecer la “democracia”, sea promoviendo fallidos focos insurreccionales, o fabricando el “gobierno interino” de Guaidó, o presionando al aislamiento internacional, o acentuando el bloqueo económico para forzar una “intervención humanitaria”, o considerando una contemplada intervención militar estadounidense “complementaria” al accionar de grupos paramilitares organizados y entrenados en territorio fronterizo colombiano, entre tanto se ha puesto en evidencia que dicha estrategia de acciones combinadas se ha extendido a Cuba, con sus componentes singulares, partiendo de la falsa premisa de que el derumbe de Venezuela, o en su defecto el establecimiento de un “gobierno democrático”, conduciría a una caída precipitada de la economía cubana como consecuencia de la presunta dependencia de esta frente a la de Venezuela (particularmente en lo referido al abastecimiento de petróleo).

Hoy parece existir en el gobierno de los Estados Unidos la convicción de que, si se profundizara aún más la fracasada política de bloqueo a Cuba, esta podría generar –ahora sí– efectos desestabilizadores que derivarían en el descontento de la población y en el socavamiento de la legitimidad del gobierno para llevarlo a un ablandamiento de sus posturas, y forzar así una “transición democrática”. A las medidas tomadas por Trump, que interrumpieron la precaria normalización de las relaciones cubano-estadounidenses durante el gobierno de Obama, se agrega ahora el mayor endurecimiento de la política imperial, anunciado el pasado 17 de abril de 2019 por el Secretario de Estado, Mike Pompeo, con la activación del capítulo III de la Ley Helms Burton, que permite la presentación de demandas judiciales contra entidades cubanas y extranjeras fuera de la jurisdicción estadounidense; medida dirigida a impedir el acceso de Cuba a inversión extranjera y en general a los flujos de capital, y con ello a la mayor afectación de la actividad económica, con sus consabidos impactos sociales.

Desde luego que no se puede desconocer el impacto del infame bloqueo contra Cuba, que en marzo de 2018 se estimaba en 933.678 millones de dólares contabilizados desde 1962. Pero de ahí a considerar que por tal razón se asistirá al derrumbe de la economía y de la sociedad cubanas, es pensar con el desatino y la soberbia que han acompañado la agresiva política imperial por décadas, además de desconocer el lugar del antimperialismo y de la dignidad en la cultura política cubana, por lo menos desde los tiempos de Martí. Sin dejar de lado aspectos propios de la geopolítica mundial, que no solo ponen en cuestión la pretensión de aplicación extraterritorial de leyes estadounidenses al chocar, por ejemplo, con los intereses de la Unión Europea y Canadá, sino con la presencia de otros países, como China y Rusia.

Con el golpe “cívico-militar” contra Evo Morales, se registra un avance de las fuerzas de derecha en su pretensión de producir una reconfiguración geopolítica de la región a su favor. Este golpe, además de sustentarse en una franca actividad intervencionista del imperialismo estadounidense y un agresivo y violento despliegue de las estrategias de la derecha, también bebió del descontento de sectores del campo popular y del propio movimiento indígena boliviano frente al gobierno de Morales; lo cual fue hábilmente instrumentalizado por sus gestores. En todo caso, no se puede afirmar que se trata de una situación plenamente consolidada, pues se está pendiente de la realización de nuevas elecciones en mayo de 2020.

En la actual coyuntura, es preciso llamar la atención sobre una articulación perversa de la crítica situación del proceso de paz en Colombia con las pretensiones de la derecha transnacional. En efecto, es comprobable el propósito de presentar de manera sistemática a Cuba y Venezuela, sin cuyo concurso hubiera sido imposible pensar el Acuerdo de paz con la guerrilla de las FARC-EP, como países amigos y auspiciadores del terrorismo, promoviendo además su condena en instancias internacionales, especialmente en la ONU. Lo cual termina enlazándose con la infamia del bloqueo estadounidense contra

Cuba, y con las sanciones que acentúan la muy compleja situación de Venezuela.

El presunto compromiso del gobierno de Iván Duque con la implementación del Acuerdo de paz resulta un contrasentido cuando al mismo tiempo se propician acciones que amenazan la paz regional, como las relacionadas con la activación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR); en esta ocasión con un evidente destinatario: la República Bolivariana de Venezuela. No debe quedar duda acerca de que la derecha transnacional y el gobierno de Trump encuentran en el actual gobierno de Colombia un soporte para la preparación y habilitación de condiciones que justifiquen una acción militar contra Venezuela.

Por otra parte, por cuenta del desconocimiento de protocolos regulatorios de procesos de diálogos y negociación, como los pactados con el ELN para eventos de ruptura, se afectan severamente las condiciones futuras de la mediación internacional en la búsqueda de la solución política con las expresiones de la rebelión armada aún existentes en Colombia. Ese franco desconocimiento del derecho internacional, además de una acción inamistosa contra Cuba, que de buena fe y por petición expresa del Estado colombiano ha prestado sus mejores oficios para contribuir a la paz, da cuenta de una intencionalidad perversa de comprometer al hermano país en un conflicto diplomático. En ese sentido, es evidente el propósito de instrumentalizar de manera torcida la búsqueda de paz en Colombia, en función de los intereses geopolíticos del imperialismo estadounidense.

Qué tan posibles son las pretensiones de la derecha transnacional en el presente político de Nuestra América. Se trata de una cuestión de difícil respuesta. No hay “futurológica” que valga. Estamos frente a un campo de opciones abiertas, de disputa intensa por el destino de la región, de realinderamientos complejos de las fuerzas políticas y sociales. Nos corresponde acertar en la lectura del momento, lo cual pasa por identificar la problemática principal cuando del análisis geopolítico regional se trata. Y eso incluye comprender que las mayores reservas del campo democrático, popular y revolucionario, se

encuentran hoy en Cuba, Venezuela y Bolivia, desde luego sin desconocer el potencial de resistencia y transformación que hay en el “movimiento real” de los de abajo en todos los países de la región, y en las múltiples expresiones progresistas que disputan la escena política o que hoy constituyen gobierno.

En ese marco, deben admitirse las debilidades de las izquierdas, derivadas, además de su propia condición y fuerza, de debates teóricos (históricos y del presente) no resueltos, bien sea porque se evaden, o porque se ha cedido al pragmatismo y al posibilismo. En cualquier circunstancia, debe aceptarse que hay ausencia de definición de un horizonte estratégico y que las válidas preocupaciones del presente han conducido a una especie de entrampamiento de la acción política que no logra articular la política en la cotidianidad con la perspectiva de avanzar hacia la construcción de un nuevo poder. Se trata finalmente de avanzar en la búsqueda de caminos frente a irresuelta y vigente cuestión de la relación entre democracia, reforma y revolución.